



EL FOCO

# La memoria de las playas

EDURNE PORTELA

Habrá un futuro en el que alguien cuente que, mientras la gente tomaba el sol, aparecía una embarcación de la que salían personas presas del pánico intentando huir por la arena; que, en no pocas ocasiones, lo que traía el mar eran cadáveres

Tengo una amiga a la que no le gusta ir a la playa por las tardes porque dice que es como meterse en una cama sin hacer: las sábanas revueltas, algún pelo adherido a la almohada, olor a dormido. Ella, como yo, prefiere ir bien temprano, cuando han pasado los equipos de limpieza y han recogido la basura de veraneantes incívicos, cuando los rastrojos han dejado la arena lisa y preparada para extender las toallas, cuando la mar todavía no parece una sopa con tropezos. Parece que la arena y las olas están por estrenar, no tienen huellas ni historia ni memoria. La huella a la orilla del mar es efímera, dura lo mismo que tarda la siguiente ola en llegar, pasar por encima de ella, arrastrarla y borrarla. Si no acaba con ella la primera ola, lo hará la próxima. Así son las playas, al menos cuando estamos en sus orillas y solo miramos nuestros pies y el agua que los lame, territorios que parecen renovarse cada amanecer, que perduran en el tiempo fuera de la historia humana.

Pero bien sabemos que esto no es así. Es obvio que por esta orilla por la que paseo o en esta roca donde dejo la toalla y la mochila antes del primer chapuzón, han paseado antes miles de personas, han dejado su toalla y su mochila; en otros tiempos, cuántas mujeres habrán despedido a un marido o un hijo que se adentraba en la mar en su txalupa para buscar el sustento. También muchas playas han sido testigo de huidas desesperadas, como la playa guipuzcoana de Saturrarán, desde la que en septiembre de 1936 salían pequeñas barcas en las que llegar a los vapores que esperaban ante los puertos de Ondarroa y Mutriku para embarcar a cientos de exiliados que huían de las tropas sublevadas rumbo a Francia. Entre ellos se encontraba el sacerdote y antropólogo vasco José Miguel de Barandiarán. En sus diarios anotaba las peripecias para asegurar el regreso a casa de cuarenta niños que hacían un cursillo de verano en el Seminario Menor de Saturrarán y que, debido a la guerra, no podían volver a sus familias.

Antes de que estuvieran ahí esos seminaristas, el complejo playero de Saturrarán tuvo funciones de balneario; después de que los seminaristas huyeran, el mismo enclave sirvió como cárcel de mujeres consideradas enemigas del nuevo régimen. Desde esa playa se veía la prisión en la que unas mil quinientas mujeres, algunas acompañadas de sus hijos, sufrieron lo indecible entre 1938 y 1944. Monjas de la Orden Mercedaria se encargaban de la prisión. Los testimonios de las supervivientes hablan de celdas de castigo inundadas por la marea alta, de maltrato físico, de frío y hambre, de piojos, disentería y tífus. En esta cárcel se certificaron 116 muertes de mujeres y 56 de niños y niñas. Frente a esto, contrastaba la belleza del paisa-

je, ese paisaje que el sufrimiento no altera.

Ahora, los veraneantes que llegan de todos los rincones del país y de Europa para disfrutar del frescor del Cantábrico no encuentran rastro de aquella terrible prisión. El complejo que después de cárcel volvió a ser seminario fue derruido después de su cierre en 1968. Tan solo una placa recuerda el sufrimiento de aquellas mujeres. También en Argelès-sur-Mer hay un recordatorio de lo que ocurrió en esa playa del Mediterráneo francés. Se trata de un monolito que dice: «A la memoria

de los 100.000 republicanos españoles, internados en el campo de Argelès, tras la retirada de febrero de 1939. Su desgracia: haber luchado para defender la Democracia y la República contra el fascismo en España de 1936 a 1939. Hombre libre: acuérdate».

**Este verano volveremos a ver escenas similares porque los motivos por los que esas personas se juegan la vida siguen existiendo**

No es mal recordatorio para estos tiempos que vivimos. Las condiciones en la playa de Argelès fueron terribles: sin barracones ni letrinas, sin cocinas ni electricidad. Fueron los propios reclusos quienes idearon la manera de protegerse del frío y el viento en ese crudo invierno del

39 y de organizar su supervivencia. En el verano del 39 un periódico francés hablaba así de estos refugiados hacinados contra su voluntad en el campo de concentración: «Hoy toda la zona apesta. Va a ser imposible usar nuestras playas este verano. La invasión roja ha matado el turismo ya que nuestros clientes internacionales no van a estar dispuestos a tratar con esta sucia horda...».

Si cambiamos «invasión roja» o «sucia horda» por «inmigrantes» podríamos escuchar estas mismas palabras en boca de las derechas españolas actuales y sus acólitos. La misma ausencia de solidaridad ante el sufrimiento de los más vulnerables; el mismo cinismo y la misma crueldad. El verano pasado veíamos cómo en una playa granadina unos domingueros con infulas de salvapatrias corrían detrás de unos pobres hombres exhaustos que acababan de saltar de una patera. Llegaban aturridos, asustados ante la multitud que ocupaba la playa. Algunos fueron derribados e inmovilizados ante las protestas —menos mal por la gente decente— de otros veraneantes que contemplaban horrorizados el exceso de violencia. Vox no tardó en apropiarse de la gesta para difundir sus bulos sobre la invasión islámica y el 'efecto llamada'. Tal vez habrían preferido que esos hombres llegaran muertos a la costa, como las siete personas encontradas en las playas de Almería pocas semanas después de aquel triste espectáculo. Se habían ahogado intentando llegar a nado a la orilla desde la patera que les obligó a desembarcar.

Este verano seguramente volveremos a ver escenas similares en las playas mediterráneas, porque los motivos por los que esas personas deciden jugarse la vida en un cayuco o una patera siguen existiendo: las guerras, los conflictos, el hambre, la ausencia de horizontes de vida en sus lugares de origen. La historia de las playas del Mediterráneo español la estamos escribiendo ahora, como se escribió la de esas otras que, por mucho que parezcan olvidadas, siguen presentes en el paisaje.

Habrá un futuro en el que alguien cuente que, mientras la gente jugaba a palas, se bañaba, y tomaba el sol, aparecía una embarcación de la que salían personas presas del pánico intentando huir por la arena, la mayoría exhaustas, deshidratadas y quemadas por la travesía; que a veces ya no les quedaban fuerzas para correr, que, en no pocas ocasiones, lo que el mar traía a la orilla eran cadáveres. También se contará que hubo gente que, como en la playa del Águila en Gran Canaria, corrieron a asistirlos; que otra, tal vez por falta de reacción ante la sorpresa, no les ayudó pero los dejó huir, y que también hubo quien se creyó que por haber nacido a este lado del Mediterráneo tenía derecho a insultarlos y a usar la fuerza contra ellos. Acuérdate.

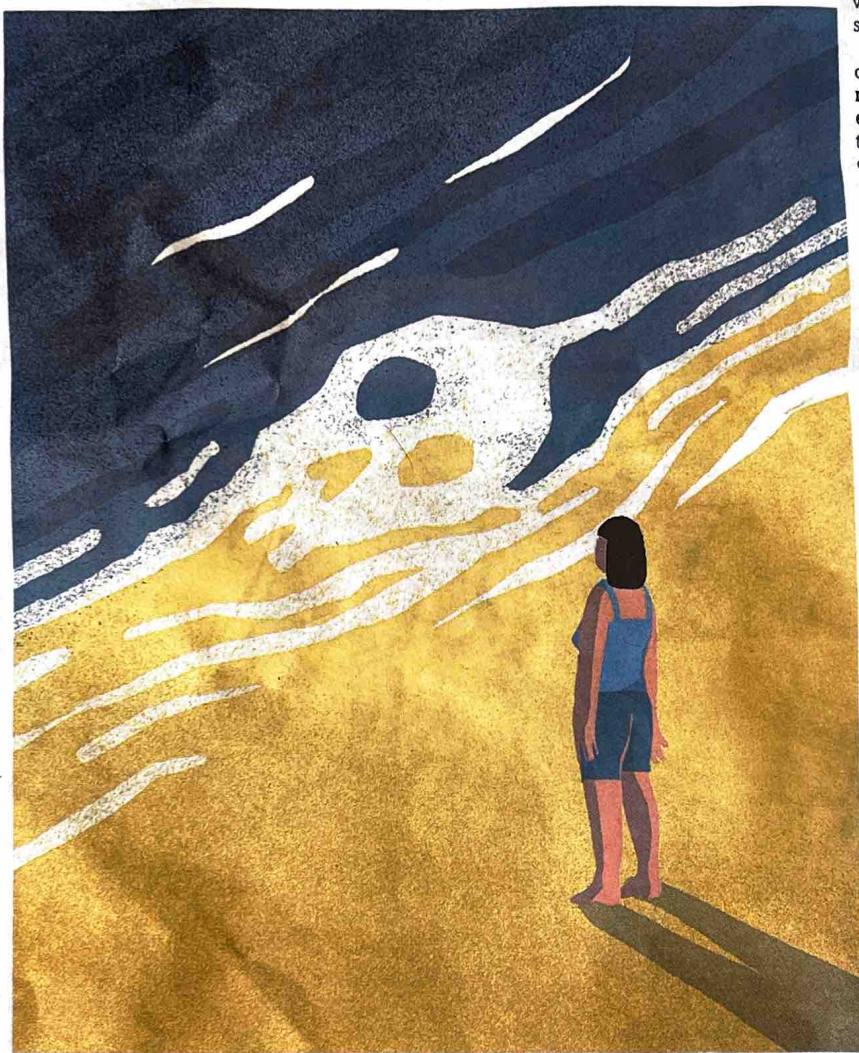


ILUSTRACIÓN: BEA CRESPO